

Elogio del error

PINO APRILE

Traducción de Atalaire

Título original: *Elogio dell'errore*

© Pino Aprile, 2026

© La Bottega dei Terroni SRL

© de la traducción: Atalaire, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º - 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *The King of Brobdingnag and Gulliver*,
James Gillray (1803)

Imagen de solapa: © LaC News24

ISBN: 979-13-991088-7-3

Depósito legal: B 2654-2026

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ELOGIO DEL ERROR

**EL ERROR QUE MUEVE EL SOL
Y LAS DEMÁS ESTRELLAS...**

—Si vas a hablar del error —me advierte el poeta Tonino Guerra—, no olvides las palabras que escribió en la pared de su celda un monje chino, en las que se condensaba la sabiduría de toda una vida: «Es preciso aspirar a algo más que a la mera perfección».

—Pero, Tonino, ¡todo aquello que alcanza o roza la perfección, la destruye!

—Por eso.

«¿Dónde estaría yo? ¿Quién sería, de no haber cometido tantos errores?» Tarde o temprano, uno se hace esta pregunta. Intenté imaginar cómo habría sido mi vida, expurgada de todos mis errores, y el resultado fue que no quedaba nada. Los errores (sin contar con aquellos de los que ni siquiera soy consciente) han guiado mi vida por caminos inesperados y sin retorno posible. Me han impuesto la necesidad de mostrarme generoso o mezquino, sensato o impulsivo, humilde o prepotente, intrépido o resignado, en situaciones en las que no tenía previsto ser ni una

cosa ni otra. Pero tuve que buscar en mi interior las razones y el valor para serlo. Al final, he acabado por forjarme un carácter (ojo, digo «un carácter», no que sea uno «bueno») que ha guiado mis decisiones (por cierto, llamar a los errores de otro modo no cambia su naturaleza, aunque nos permite comprenderlos mejor y, sobre todo, nos enseña a aceptarlos).

Ahora sé que no tenemos más personalidad que la que han moldeado nuestros errores y que solo cometemos aquellos que vienen determinados por nuestro carácter. Y sé que lo que cuenta no es no equivocarse, sino aprender a convivir con las consecuencias de nuestros errores. Sé que la vida no es un laberinto (del que solo se sale si en cada encrucijada se toma el camino correcto), sino un camino que siempre te lleva a alguna parte (en cualquier caso, «si estás ante una encrucijada, entra en ella») y en cada ocasión te deja algo de no expresado, de no dicho, en lo que poderse refugiar («¿Ah, sí? Pues no lo sabía»).

Y es que todos esos errores que provocan tanta irritación, tanto desaliento (me era difícil admitir que por algunos tuviera que pagarse un precio tan alto), quizá merezcan un cierto reconocimiento.

Porque es al equivocarnos cuando nos servimos del impulso y la capacidad para construir una nueva esperanza. «Pues estamos arreglados... —me dije— si lo que da más sentido a la existencia es tomar el camino equivocado». Es algo así como decir: es una suerte habernos convertido en lo que no pretendíamos ser mientras intentábamos hacer algo distinto de nosotros mismos.

Los impulsos que dirigen nuestra vida (el amor, el sexo, la enfermedad, la envidia y el altruismo, la traición y la compasión) tienen una razón de ser biológica, son instrumentos del impulso que rige el camino de nuestra es-

pecie y de todas las demás. Por ello, el error no puede suprimirse como si se tratara de un desafortunado accidente, es una necesidad (de otro modo no estaríamos aquí) y cumple una función (discurso impecable aunque terrible, porque justifica la existencia de los mosquitos y del actual presidente de Estados Unidos).

Pero nunca hubiera imaginado que el error fuera el motor primero de la vida, que pudiera llegar a identificarse con ella y acabar con la especie *Homo sapiens sapiens* (tranquila, mamá, que eso no va a ocurrir ahora mismo: tenemos tiempo de irnos de vacaciones a Polignano).

He descubierto (algunos ya lo sabían) que estoy aquí por error, igual que ustedes y que Leonardo da Vinci, Caín y el hombre de Neandertal, el brontosaurio y el sargo picudo, el ácaro del polvo, el virus del sida y todas las formas de vida.

Todas menos una, la primera. Es una verdad incuestionable de la historia biológica de nuestro planeta: no se sabe cómo surgió la vida sobre la Tierra, quizá «sembrada» por la cola o la cabeza de un cometa (en 1997, en el Hale-Bopp se encontró materia orgánica primordial), o por la combinación fortuita de elementos del caos primigenio, o... ¡Vaya usted a saber! Pero se sabe cómo se multiplica: por error.

Las «instrucciones para la vida», para cualquier forma de vida, están contenidas en la molécula llamada ADN que a estas alturas todo el mundo conoce. Se representa como una doble hélice integrada por una serie de diferentes combinaciones de cuatro constituyentes esenciales, representados por piezas o canicas de colores. Basta que la sucesión de colores sea diferente para que, en vez de nacer un rinoceronte, nazca un mosquito o el actual presidente de Estados Unidos. O un ejemplar de *Homo sapiens*.

Si el ADN de la primera ameba (una bacteria constituida por una sola célula) se hubiese reproducido siempre de modo perfecto, habríamos tenido un planeta habitado por un número infinito de copias exactas de aquel único ser unicelular, como si la humanidad estuviese compuesta por seis millardos de gemelos idénticos en todo (sexo, color del cabello, voz, altura...). Los biólogos dicen que a esto no se le puede llamar vida, porque existir y tener capacidad de desarrollar funciones y reproducirse no es suficiente. Para que haya vida se necesita diversidad. Sin embargo, ¿cómo obtenerla a partir de un solo elemento?

Por error, únicamente por error.

La ley que nos ha conducido hasta aquí y que rige todo el mecanismo se reduce a lo siguiente:

*La vida puede nacer por azar,
pero solo se multiplica por error.*

(Es así como, felizmente, me he encontrado siendo padre de dos hijas. Siempre será más llevadero que lo de mi suegro: ocho chicas.)

El error no se limita a multiplicar la vida; también le garantiza un futuro, mientras que la perfección no puede hacerlo. Es estéril.

¿Por qué? Si debido a la ausencia de errores en la reproducción del ADN quedara sobre la Tierra solo una especie de seres vivos, el peligro de extinción sería enorme. Si en mi huerto solo planto melocotoneros y llega una plaga del melocotón, me quedo sin fruta. Si cultivo también albaricoques, higos y cerezas, la probabilidad de que aparezcan, todos juntos y en la misma temporada, los parásitos del melocotón, del higo y del albaricoque, disminuye cuanto mayor sea la variedad de especies de fruta. La di-

versidad es buena para la vida (además de para la dieta). Y es buena para el planeta.

La aplicación de este principio puede llevarnos muy lejos. Hoy, en el mundo occidental, la *norma* que rige la familia es la monogamia y el error es el adulterio. Una investigación llevada a cabo en las clínicas ginecológicas de Estados Unidos demostró (por equivocación, ya que el objetivo del estudio era otro) que al menos el 10 por ciento de los hijos de parejas casadas estables tenía un padre natural distinto al padre legal. Años después se dieron cuenta de que el 10 por ciento era un valor impreciso... por defecto. En este hecho se observa una suerte de astucia biológica: igual que ciertas aves acomodan a sus polluelos en el nido de otras (que las criarán junto a las propias), algunos machos de nuestra especie multiplican, a expensas de otros, las posibilidades de difundir su patrimonio genético.

En términos biológicos, el adulterio es una forma de aumentar la difusión del ADN, así como las combinaciones del ADN propio y el de otros ejemplares de la especie. (Resumiendo: «Cariño, compréndelo, no es que te ponga los cuernos, es que velo concienzudamente por el futuro del planeta».) Las mujeres pueden alegar una motivación más rica. En su caso, el adulterio no solo trabaja a favor de la variedad sino también de la cantidad, porque, ofreciendo posibilidades a más de un *partner*, hacen que no se desaprovechen los días fértiles entre menstruación y menstruación. («¡Cómo te entiendo, cariño! ¡Si supieras lo que tengo que hacer yo para salvar a la especie!»)

En resumen:

*El error crea diferencias y las diferencias,
a través de la diversidad, favorecen la continuidad de la vida.*

Pero, a fin de cuentas, decir algo tan evidente («el error crea diferencias») tiene sus consecuencias. La más inmediata, y la más grave, es que cada novedad marca un antes y un después y mide y jalona el tiempo: antes de Cristo, después de Cristo; hasta la aparición de los dinosaurios, después de su extinción. Pongamos que un paleobiólogo deba reconstruir la historia de la vida a través del rastro de ADN de un gusano: hasta el momento en que se produzca el primer error, los gusanos nacidos antes serán idénticos unos a otros, así que no se diferenciará en nada una generación de otra. De alguna manera, gusanos-padre, gusanos-hijos y gusanos-nietos parecerán coetáneos. La conservación de lo existente no representa progreso alguno.

Ahora bien, si por duplicación imperfecta, a un gusano-nieto le salen alas...

Nuestra especie ha incorporado a los errores biológicos los errores del pensamiento y los que ha hecho factibles el avance tecnológico: errores que antes solo podían imaginarse, ahora se pueden cometer.

No quiero darle muchas más vueltas (por ahora...). Y prefiero recurrir a palabras ajenas para decir que, si yo he sido creado para equivocarme, ustedes no lo tienen mucho mejor, porque «el modo humano de estar en el mundo es un *errar* entre acciones logradas y malogradas, entre ensayo y error» (como sugiere Umberto Galimberti en *Psiche e techne*). En las páginas siguientes se encontrarán con que: la mera existencia de la regla no nos da nada; si se infringe la regla todo es posible; la religión, la ciencia, la moral, el arte y todas las formas de expresión humana regidas por reglas nos exhortan al error, para progresar (en el sentido de ofrecerle a la vida mayores posibilidades). Les sugiero una buena excusa para la próxima estupidez que pudieran cometer: no es culpa suya sino del impulso

evolutivo que actúa en ustedes y a través de ustedes (ni siquiera están obligados a usar correctamente los argumentos que les propongo; en caso de equivocarse, están ampliando la teoría).

El error más grave es pensar que equivocarse es una equivocación. De todo lo que tenemos, lo único que vale algo son las equivocaciones.

Antes me humillaba la conciencia de mis errores y la suma de los errores ajenos me consternaba. «¡Así vamos directos a la ruina!» Pero seguimos equivocándonos y el desastre no ocurre. Solo se puede deducir una conclusión lógica: el error existe porque es bueno que exista, es un recurso, una oportunidad, una nueva vía de desarrollo, las piedras sobre las que apoyarse para cruzar el torrente de la vida o sobre las que avanza (está biológicamente probado) la evolución de la especie.

Y ahora les voy a poner a ustedes en un brete porque, en el caso de que hayan encontrado errores en mi exposición, no solo no la invalidarían, sino que me proporcionarían un nuevo argumento. Y siempre les quedará la duda de que lo haya hecho a propósito, por amor a mis tesis.

Pudiera ser.

¿Qué le han hecho al error? Ha cambiado tanto que cuesta reconocerlo. Ya han pasado más de veinte años desde que saqué este libro sobre la necesidad evolutiva de equivocarse. Tantos, que de tener hoy que elegir en qué categoría editorial situarlo, diría: «Arqueología».

La nueva civilización informática ha trastocado nuestra necesidad de certeza y verdad, así como los criterios para medir qué es cierto y qué es verdad. Ya no consideramos que lo cierto solo puede ser aquello capaz de demostrarse como tal (y que, por ende, lo contrario por fuerza tiene que ser un error). No, ahora aceptamos como cierto todo aquello que se «nos» antoje cierto. En suma, no buscamos que algo nos convenza, sino que nos consuele, que confirme nuestras ideas preconcebidas.

Esto nos demuestra la vertiginosa evolución de los fundamentos de la vida en común, y lo adaptable que es nuestra especie. El *Homo sapiens*, que había tardado cientos de miles de años en pasar de cazador-recolector a agricultor, solo necesitó diez mil para dejar de ser campesino

y hacerse industrial, y luego otros doscientos para hacerse informático. Hoy, unas pocas décadas más tarde, nos estamos convirtiendo en algo que aún desconocemos.

Algunos predicen que nos veremos obligados a conectar colectivamente nuestros cerebros, para compartirlo todo con todos (memoria, conocimientos, emociones), hasta crear una red gestionada por supercomputadoras capaces de autoconstruirse y «aprender» de nuestras identidades. (De ser así, tal vez sean ellas, las máquinas, las que se conviertan en nosotros, en la humanidad.) Llegados a este punto, los filósofos de la ciencia nos tranquilizan: son futuros de ciencia ficción, cosas sin sentido. Vale, pero hace poco más de cien años los hombres más sabios también dijeron que si Dios hubiera querido que voláramos nos habría dado alas.

¿Qué consideramos «incorrecto» en estos escenarios tan volubles? Del mismo modo que el análisis de la población carcelaria nos revela los valores de una comunidad (en sentido negativo), así también cada error acaba siendo hijo de su tiempo, pues nos muestra todos sus cánones.

Como soy periodista, voy a explicar lo que quiero decir sin salirme de la profesión. El periódico, tal y como lo conocemos, es un invento reciente, el instrumento de comunicación de la civilización industrial por antonomasia. Su equivalente en la civilización agrícola fueron los «calendarios lunares», almanaques que incluían breves relatos edificantes, junto con indicaciones sobre las fechas de siembra, cosecha y otras labores del campo, las fases lunares, un par de recetas, algunas perlas de sabiduría y una pequeña dosis de religión. Hoy, en los textos de periodismo, hablamos de estos calendarios con condescendencia, casi como una broma. Sin embargo, eran perfectos para su modelo de comunidad y su economía. Un poco como

el *Calendario zaragozano* (fundado en España en 1840) o el *Calendario di Frate Indovino*, un almanaque que sigue siendo un increíble éxito editorial: desde lo alto de sus dos millones y medio de ejemplares anuales, puede permitirse el lujo de ignorar cuánto ha cambiado el mundo desde 1946, año en que empezó a imprimirse en Italia.

Pero volvamos a los periódicos. Servían para comunicar e informar. En ellos, la rapidez y fiabilidad de la información eran tan esenciales como la noticia misma (¿cuántas veces hemos leído cómo han ganado enormes sumas de dinero algunos genios de la industria y las finanzas, al enterarse de algo antes que el resto, gracias a un sistema personal y más eficiente de transmisión de noticias? «Agravada» por el bulo de la muerte de Napoleón, la derrota de Waterloo dio pie a una colosal especulación en la Bolsa de Londres).

Los periódicos también dibujaban los confines y el tamaño de una comunidad. Así, en virtud de la lengua empleada, eran «nacionales» si se distribuían por todo el Estado, y su mismo ámbito geográfico (regional, provincial, municipal) delimitaba el territorio que cubrían, aquel en el que sus lectores podían reconocerse. En resumen: proporcionaban información a una comunidad preexistente, definida por su identidad y tamaño.

En la actualidad, los periódicos están en caída libre en todo el mundo: a pesar de los heroicos esfuerzos de algunas redacciones que reaccionan con inteligencia y capacidad de adaptación (no muchas, la verdad), salen cojos y obsoletos, porque las noticias están inmediatamente disponibles para todos en la web. Gratis. No me refiero solo a las noticias que interesan a los periódicos, sino a todas las noticias, ahora difundidas generalmente por fuentes cuya fiabilidad no goza de garantías profesio-

nales. En cuanto alguien se tuerce el tobillo en la ducha en el Tíbet y lo anuncia en redes sociales, se entera todo el mundo. Y así nos es posible saberlo todo sobre todos, en cuanto se difunde. Aunque, ¿cómo comprobamos que ese tipo, en el Tíbet, se ha torcido de veras el tobillo, o incluso que existe?

Además, ¿a quién le importa su tobillo?

Antes, el diario que incluía una noticia más que el resto se llevaba el gato al agua, pero hoy la situación es justo la contraria: hoy nos toca pescar lo que nos interesa de ese «todo para todos», para desechar lo superfluo, que es casi todo. Esto implica rebuscar en nuestro amenazante universo hasta recortar en él un mundo propio, hasta crear grupos donde se comparten ideas, orientaciones políticas, prácticas deportivas y, más a menudo, aficiones, pasiones, temas... desde la religión a la ciencia, pasando por la historia. Pero siempre con un fuerte contenido identitario, de pertenencia. En semejante panorama, la verdad se difumina, se nubla.

El mundo virtual es causa y efecto multiplicador de la globalización: en internet, podemos «vivir» y relacionarnos con cualquiera, desde cualquier lugar. Tal vez nuestro interlocutor no sea real, o ejerza el anonimato ocultándose tras un perfil falso por razones diversas (criminales, tal vez). Tanto es así que ni siquiera sabemos en qué grado la población virtual supera a la humana.

La globalización ha logrado que en todas partes usemos los mismos teléfonos, y quien dice móviles, dice ordenadores, coches, perfumes, vaqueros, espaguetis, salchichas, rollitos de primavera..., o preservativos, de talla única, o XXL, o con sabor a bergamota, si es que de veras existen. La globalización uniformiza nuestros deseos, abocándonos a anhelar los mismos productos. Esto nos

convierte en seres intercambiables, indistinguibles. De ahí que, por simetría, sintamos la necesidad de hacernos visibles. Sobre todo ante nosotros mismos, ante el espejo. Queremos mostrarnos, revelar quiénes somos. Antes, en la civilización industrial, uno comunicaba algo para informar a una colectividad ya definida y preexistente. Hoy, en el mundo globalizado, donde toda la información está al alcance de todos en la red, la comunicación es el instrumento para delinear la comunidad de la que queremos formar parte, en la que sentirnos como en casa, entre «los que son como nosotros». Y el resto que se busque la vida.

A este estímulo se debe el redescubrimiento de las patrias y las culturas locales, desde la gastronomía hasta la lengua, la historia o la música, de las que nos proclamamos herederos o simplemente pretendemos serlo (en Italia, un partido racista ha allanado el camino a sus fundadores, entre los que hay gente que nunca ha dado un palo al agua, pero que se han declarado portavoces de Padania, una nación que nunca ha existido, en nombre de Alberto da Giussano, un héroe que tampoco existió).

Sea como sea, la creación de grupos identitarios, nacidos de expurgar ese «todo para todos» que es internet, activa poderosos mecanismos psicológicos y sociales que nos llevan a buscar aquello que aglutinará a unos pocos, a base de diferenciarlos, separarlos y oponerlos al resto.

Todo grupo, del signo que sea, debe determinar su razón de ser, su pertenencia. Tiene que precisar por qué nosotros somos «nosotros» y los demás son «ellos». En internet, los mecanismos de comunicación virtual están diseñados precisamente para exacerbar esta tendencia. Supongamos, por ejemplo, que hablamos de una comunidad políticamente conservadora: sin importar la premisa,

el diseño de los algoritmos de sus redes sociales se cerciorará de que los usuarios siguen conectados el mayor tiempo posible (pues de ahí provienen las ganancias de los operadores).

Por lo tanto, es preciso reavivar la atención cuando, quizá por la forma repetitiva o predecible de presentar los temas, esta empieza a decaer. Se consigue a base de añadir contenidos cada vez más impactantes, lo que induce a la radicalización. Este proceso casi nunca sucede de forma explícitamente manifiesta, sino más bien como fruto de las interacciones: los contenidos más extremos surgen como consecuencia del ambiente creado dentro del grupo, marcando una preferencia por aquellos tonos, métodos y temas que generan las respuestas más emocionales. Esto a su vez multiplica los «me gusta» y los «compartir», otorgando así a este tipo de contribuciones un aura de veracidad y una amplia participación que no se sustenta en el rigor de los argumentos presentados, sino en el consenso que (sin importar cómo) generan, ya que fortalece la adhesión al grupo, así como su particularidad y, a menudo, su crecimiento.

De este modo, lo que antes apenas sentíamos como verdadero se acaba convirtiendo en una verdad fuera de toda duda, algo que ratificarán quienes opinan igual y nos dan la razón (¡Me gusta!). En comparación, la verdad incontestable —la fehaciente, la demostrable— se nos antoja algo frío, del montón, apátrida, sin identidad. Inducida por la huida del todo globalizado, nuestra necesidad de pertenencia multiplica las «verdades», hasta convertirlas en tantas como puntos de vista hay. Cada comunidad virtual (aunque lo único virtual es el lugar y el canal, porque la acción resultante no se limita a internet) existe gracias a su verdad.